CRONICA CULTURAL

ITALIA

PRIMAVERA DE 1949.

VEAMOS la manera de comenzar estas crónicas culturales italianos sin el obligado prólogo que todo cronista pone solemnemente al frente de su obra. Tan sólo, una sobria alusión al tiempo y al lugar en que estas líneas son escritas.

El primero es la tibia primavera de la campaña romana, esta primavera del nada rotundo año 1949, víspera de nuestro medio siglo. El segundo es la urbe, esta Roma dorada y prestigiosa, y dentro de ella—permitid que mi horizonte llegue también hasta vosotros—, el paisaje del Panteón de Agripa. A menos de diez metros de mi ventana están sus capiteles; puedo ver con detalle cada minúsculo arañazo que veinte siglos han hecho en la piel marmórea del coloso sin perturbar su pesadumbre. A su lado, escribiendo estas pequeñas crónicas del momento presente—momento sin Agripas ni paces octavianas—, es inevitable sentirse como una especie de ínfima hormiga histórica. Y hecha esta profesión de humildad necesaria, demos principio al acarreo de noticias.

Empecemos por la preocupación europeista. Sigue vivo, en conferencias y artículos, el tema de la unión de los pueblos de Europa en una estructura superior. Una de las revistas más leídas es, precisamente, «El Europeo». Son incalculables los ensayos que, de unos años a esta parte, pueblan las revistas italianas. La vertebración europea es aquí una acuciante realidad del pensamiento: se teoriza en torno de ella, se hacen distingos, objeciones, votos, análisis, augurios, llamamientos. Todo éllo, casi siempre, dentro de un clima

de inevitable vaguedad. En todo caso, no es poco significativa esta realidad psicológica de tantas mentes italianas.

Por otra parte, la buena tradición italiana en la confección de revistas culturales dista mucho de estar hoy olvidada. Cada mes se suman nuevos títulos a los ya conocidos. Predominan las de tono informativo sobre las de tendencia doctrinal coherente. De las primeras habría que mencionar, entre las principales, «Pagine Nuove», «Belfagor», «Cornache Sociali», «Quaderni di Roma», «Convivium», «La Fiera Letteraria», «Idea», «Anteprima», «Ulisse», todas ellas de fundación relativamente reciente y semejantes en líneas generales a las ya tradicionalmente conocidas. De entre las segundas merecen la pena destacarse «Il Ponte», dirigida por Pietro Calamandrei; «Rinascita», dirigida por Palmiro Togliati y órgano de la intelectualidad comunista, y, en una trinchera diametralmente opuesta, «L'Ultima» y «Responsabilitá del Sapere». Tendremos ocasión de referirnos con frecuencia a esta pareja de revistas, florentina y romana, respectivamente, en cuyas páginas está probablemente la más valiosa aportación italiana actual al pensamiento intelectual católico. Los nombres de «L'Ultima», jóvenes en su mayoría, se agrupan en torno de Adolfo Oxilia. En «Responsabilitá del Sapere», órgano del Centro Romano de Comparación y Síntesis, colaboran pensadores de diversas procedencias en cuanto a la especialización científica, pero todos tocados por idénticas preocupaciones humanísticas, desde Papini al matemático Fantappie, pasando por Castello, Garboli, Maroi, Palombo y otros más.

Todavía hay luto en las letras italianas por la muerte de Guido de Ruggiero, portavoz del neohegelianismo italiano. Su último libro ha sido, precisamente, el volumen sobre Hegel, que forma parte de la Historia de la Filosofía que se impuso como tarea hace cerca de cuarenta años. El Ruggiero de la última época ha combatido con vigor, por cierto, las fórmulas del historicismo en busca de un más allá cuya meta no aparece demasiado clara: en todo caso, su crítica ha sido denodada; para Ruggiero el peor mal del historicismo es la rémora que trae para la acción, al habituar a la mente a una valoración puramente retrospectiva de los hechos: mientras, por otra parte, inmerso en la corriente del devenir, desvaloriza todo lo que trasciende de ella anulando todo valor, norma e ideal. En cuanto a Benedetto Croce, sigue su obra historiográfica y filosófica en su palacio-instituto de Nápoles, viviendo en una fiera independencia, redactando sus famosos «Quaderni della Critica» y rodeado de sus fie-

les colaboradores, entre los que figuran la nutrida familia del abué lo y ochentón filósofo italiano.

Y digamos también algo—¡cómo no!—del existencialismo. Muchos ensayos, artículos y disquisiciones se escriben aquí sobre este tema. Con todo, poco o nada nuevo cabe señalar. Recientemente, el público italiano ha aplaudido sólo tibiamente las «Manos Sucias», de Sartre. Algún eco de la agitación parisina llega a Italia, como es lógico; pero se trata de ondas superficiales; por ejemplo, hay una moda femenina algo existencialista: paños austeros, costuras voluntariamente toscas, desaliño deliberado de las «toilettes», telas de tintas indefinibles y sombríamente dolorosas.

Y pasemos a la que, con la música, es la gran pasión del público italiano: el teatro. Hace furor el drama áspero y realista. Quizá el mayor éxito de los meses pasados fué «Un tren que se llama deseo», de Tennesee Williams, montado por el regista Visconti con una perfecta exasperación de matices. Buenos actores y actrices, los hubo siempre en este país, y sigue habiéndolos. No se puede decir tanto de los autores en este momento, y así, el mayor número de obras representadas está sacado del teatro extranjero, sobre todo el francés y el norteamericano. El teatro clásico, a su vez, está siempre presente en estos escenarios; hace ya varios meses que se repuso, con decorados y trajes de Salvador Dalí, la «Rosalinda», de Shakespeare; y más recientemente hemos visto el «Orestes», de Alfieri, en una versión que transfigura y da sentido nuevo a la peculiar manipulación de la tragedia griega retorizada por el desmelenado dramaturgo italiano.

Probablemente la manifestación más interesante del arte italiano actual es el cinematógrafo. Desde hace cuatro años ha tomado volumen y estética una especie de neo-realismo peculiar (un realismo de crónica vivida, a veces poetizada, otras ironizada, no pocas dramatizada con sobria justeza y siempre humanísima y conmovedora), sobre cuya génesis y valores se discute hoy todos los días en todas las revistas. La culminación de esta línea, iniciada sobre todo por Rosellini, ha sido «Ladri di biciclette», de Vittorio de Sica, historia de la búsqueda desesperada, a través de las calles de Roma, de una bicicleta robada. Hay quien prevé una supersaturación de obras de esta tendencia y el tópico de su monotonía. Hay quien augura, por el contrario, un brillante porvenir, considerándola sobre todo como un punto de partida más que como una fórmula, y una ocasión para descubrir matices de humanidad y naturaleza peculiarmente italianas. Lo cierto es que la nueva tendencia ha producido

obras como «Años difíciles», que de puro ser un trasunto de la vida pública aspira a ser lección de historia, inevitablemente tendenciosa en este caso, de la falsía humana en que se apoyaba el fascismo. Y ya que hablamos de cine, interesa a los lectores de estos Cuadernos la noticia de una recientísima película italiana, también de esta tendencia, cuyo tema es la emigración italiana a la Argentina. «Emigrantes» da una versión perfectamente popular al fenómeno sentimental emigratorio. Un clima de tristeza y de ironía en el contacto de una familia romana con el Nuevo Mundo es el eje psicológico de esta película, que si no raya a tanta altura artística como las otras obras maestras del actual neo-realismo, al menos tiene el valor de ser un expresivo documento del estado anímico con que el emigrante italiano llega a la América Hispana y de sus reacciones ante las realidades de aquella tierra nueva. Aldo Fabrizi, protagonista y director de esta obra, ha ido, en buena técnica neo-realista, a documentarse y a rodarla en Buenos Aires.

Las artes plásticas no han traído, en estos últimos meses, ninguna especial novedad sobre lo que se exhibió en Madrid el año pasado. Máximo Campigli, que expuso recientemente en Roma, continúa en la misma línea pictórica inventada. Los Carrá, los Scipione, los Sironi, los Cassorati, los De Pisis, los Semeghini, cada uno con su dialéctica y, a veces, con su «manera», constituyen la ejemplaridad del arte italiano de hoy, ansioso de decir palabras nuevas.

En cuanto a Giorgio de Chirico, Roma vió recientemente una exposición suya. Desconocido Chirico, está presente la que hemos visto en la Sala del Obelisco: nada de abstracción ni de geometrismo, casi nada de aquellas perspectivas que tanto explotó este pintor nacido en tierra griega; en cambio, nos ha ofrecido una serie de autoretratos y otros cuadros perfectamente realistas, no exentos de una especie de «heroísmo plástico» que da a su obra actual un clima como el que impera en la pintura barroca.

Por último, y para señalar la más reciente novedad pictórica italiana, habrá que referirse a un grupo de pintores de Florencia, el de los llamados «nuevos pintores de la realidad». Es curioso que el alma de este grupo la constituyen dos pintores españoles, por lo demás casi enteramente ignorados en España: los hermanos Antonio y Saverio Bueno. La última exposición colectiva de este grupo, en Milán, puso de relieve la voluntad que anima a estos pintores de retornar a la visión normal y minuciosa de la naturaleza. Es un retorno de índole polémica. De hecho, los pintores de este grupo discuten diariamente, incluso pluma en ristre, con el abstractismo. El

binomio abstractismo-realismo constituye, hoy, en Italia, el quicio de todas las controversias artísticas.

Una ojeada a las novedades editoriales basta para cerciorarse de que en Italia las obras traducidas compiten en número con las originales, en literatura sobre todo. Existe la habitual invasión de la novela norteamericana. Junto a ella, la producción narrativa indígena se caracteriza, sobre todo por su preocupación documental, que busca en la cantera de lo acaecido en los días más recientes, un filón de humanidad novelable. Por su parte, la inquietud poética es en Italia extraordinaria y la actividad de los vates también. Difícil, sin embargo, señalar nombres indiscutibles, a no ser el de Ungaretti.

Si hubiera que emitir algún juicio sobre el aire general de los poetas italianos de esta hora diría que se trasluce con harta frecuencia la teoría estética, el saber del poeta, erudito, discutidor y reflesivo. Y digamos una palabra sobre la crítica en general. La agudeza italiana ha producido y produce, cada día, muestras muy expresivas de sentido crítico finísimo. Es un don envidiable y que nos lleva, al mismo tiempo, a temer que toda la actividad espiritual contemporánea se incline demasiado hacia un alejandrinismo peligrosamente unilateral. Como antídoto, también de carácter crítico, está la actual preocupación por la *humanitas*. La palabra «humanidad», en el sentido del individuo espiritualista, está en las inquietudes de todos cuantos escriben hoy en Italia, y figura incluso en el subtítulo de un sinfín de revistas.

Dos palabras, para terminar, sobre la presencia de Hispanoamérica en Italia. En este aspecto, la realidad no es muy halagüeña. Roma, Florencia, Milán suelen ser constante escaparate cultural de las cosas del mundo. Pues bien, los pueblos de Hispanoamérica están irremediablemente ausentes aquí. Ni un libro ni casi una revista. Algo empiezan a tratar de remediar los argentinos, pero todavía queda todo por hacer. Existe una especie de inercia, muy hispánica, en darse a conocer, que podríamos tipificar con la fórmula «que nos descubran ellos». Pero ellos, naturalmente, están más dispuestos a colonizar que a descubrir, tarea que requiere amoroso afán.

M.ª Consuelo de la Gándara.
Instituto Español de Lengua y Literatura.
Via della Rotonda, 23.
ROMA (Italia).